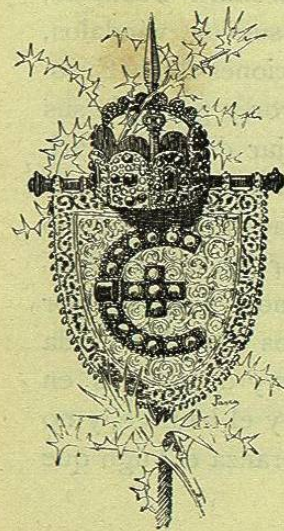


CAPÍTULO IV

Invasiones de los bárbaros.— Entrada de los árabes

EMPEZARON los bárbaros á combatir el Imperio después del reinado de Antonino, que fué quizás el más grande de los emperadores. Asomaron al principio con temor á las puertas del viejo mundo; pero no tardaron en darle batallas sangrientas que hicieron estremecer las legiones romanas y



esparcieron la alarma y el terror por toda la tierra. El Asia, la Macedonia, la Tesalia y la Grecia fueron pronto el teatro de guerras asoladoras que las cubrieron de cadáveres; temblaron á la vez los pueblos del norte de Europa, que veían llenas de armas sus fronteras; la muerte y la desolación sonaron en los oídos de todos y fueron á turbar la paz de las más apartadas provincias del Imperio. Se luchó durante mucho tiempo con los bárbaros logrando detenerlos; pero rota ya la primera valla, se precipitaron con ímpetu al fondo de las Galias, las atravesaron con rapidez, tramontaron el Pirineo, se dejaron caer sobre España, y no hallando dique ni en las olas de los mares, se arrojaron sobre las costas del África que dejaron asombradas y despavoridas. No hicieron aún asiento en parte alguna: pasaron por todas partes como el torrente; pero, ¿fueron estas ni otras invasiones más que un débil ensayo de la que había de renovar al fin la faz del mundo? Entre los muchos emperadores que se sucedieron unos á otros sin calentar siquiera el trono á que subían en brazos de las guardias pretorianas, los hubo aún de bastante energía para contrarrestarlos y obligarlos á dejar el suelo que tenían conquistado. Hubo todavía un Constantino y un Teodosio capaces de sostener sobre sus hombros el peso del Imperio y dilatar la caída del coloso; pero al morir Teodosio, nadie pudo ya impedir la catástrofe. Alanos, suevos, vándalos, godos, hunnos, cayeron á la vez sobre las naciones de la Europa central, y las hicieron víctimas de su furor y presa de sus armas. No tardaron en pasar á España y bajar desde los Pirineos occidentales hasta las mismas riberas del Mediterráneo.

Las tribus granadinas, que ya en los reinados de Valeriano y Probo habían visto taladas sus ciudades por los francos, fueron á poco ocupadas al Oriente por los alanos, al Norte por los suevos, y al Occidente y Mediodía por los vándalos. Nada pudieron contra pueblos tan feroces: vencidas y derrotadas en todas partes se vieron acosadas por el hierro y el hambre, y no tuvieron otro recurso que el de sufrir sin esperanza el yugo que

les imponían. Llenas continuamente de terror á la vista de sus campiñas asoladas, de sus ciudades destruídas, de sus llanuras cubiertas de cadáveres, no se atrevían siquiera á levantar la voz para quejarse, y yacían tristes y silenciosas, abrumadas bajo el peso de su desventura. Estaban enteramente cercadas de bárbaros, y no tenían á quien volver los ojos. No podían volverlos ni aun á los mismos romanos, que si bien dominaban todavía parte de la Península, amedrentados por sus nuevos enemigos, sancionaron la conquista y buscaron la alianza de los conquistadores. Faltas así de apoyo, perdieron uno tras otro sus derechos, su libertad, sus propiedades, los templos de su religión, destruídos impiamente por la espada. Gimieron bajo una servidumbre mucho más dura de la que pudieron sufrir bajo las invasoras legiones de Cartago y Roma.

Lejos de hallar estas tribus en mucho tiempo alivio á sus males, viéronse todos los días afligidas por nuevas desdichas. Fueron pronto el teatro de una guerra desastrosa, producida por la rivalidad entre los mismos bárbaros que las oprimían; y es fácil concebir la parte que en ella les cabría consideradas como enemigas por entrambos combatientes. Cada combate era para ellas una herida, cada triunfo una derrota. Habrían quizás desaparecido entonces á no poner fin á esta guerra otros bárbaros, que á la sazón llevaban ya reducidas á sus armas la Italia, el mediodía de Francia y la costa oriental de España. Destruídos los alanos y reducidos los vándalos á buscar asilo en Galicia, ocupada por los suevos, respiraron entonces estas tribus bajo el yugo de los godos, mucho más blando y llevadero; mas no les permitió el Cielo gozar por mucho tiempo de aquel escaso bien, que en cualquiera otra época habría sido considerado calamidad funesta. Los vándalos, siempre inquietos y turbulentos, rompieron con los suevos, y perseguidos por estos y los romanos, se arrojaron de nuevo sobre ellas, talándolas con más furor que nunca y aterrándolas de suerte, que las ciudades quedaban desiertas y pueblos enteros corrían á salvar la vida en las vecinas

costas de la Mauritania. Cazlona, Jaén, Guadix, Granada, Málaga, todas las poblaciones importantes fueron en aquella nueva invasión sepultadas en sus ruínas; de los que en ellas habitaban murieron los más pasados por la espada, y algunos espiraron después de prolongada agonía, atormentados por los más crueles ultrajes y violencias.

No estuvieron libres de ellos estas tribus hasta que llamados por Bonifacio, que se rebeló contra el Imperio de oriente, las abandonaron movidos por sus ímpetus guerreros y se trasladaron al África con sus mujeres, sus hijos y el mismo rey Gunderico que los había acaudillado en todas sus conquistas por España. Abrigaron á la sazón todos los pueblos esperanzas de paz; mas tampoco se la tenía aún reservada Dios, en quien tanto creían y á quien adoraban desde el fondo de su alma. Estaban todavía los vándalos en Tarifa embarcándose en las naves que debían llevarlos al próximo continente, cuando los suevos, bajando de sus montañas del Norte, hicieron una excursión en Sevilla y Granada, y viendo la debilidad de las legiones romanas, trataron de apoderarse de la Bética, cuyo cielo envidiaban bajo las frecuentes nieblas de Galicia. Fué tal la celeridad con que estos bárbaros bajaron, que dieron lugar á que el mismo jefe vándalo, noticioso de su venida y recordando sus antiguos odios, volviese de repente contra ellos, y los derrotase cerca de Mérida ahogando muchos en el Guadiana. Llenos aún de aquel ardor que los hizo precipitar sobre Europa, ambicionaban la conquista de nuevos países; y al saber que iban á quedar desocupadas estas tribus, no pudieron menos de manifestar instantáneamente su afán por adquirirlas á todo trance y á despecho de sus enemigos. Tropezaron con Gunderico y salieron vencidos; pero no abandonaron su empresa. Volvieron á acometerlas con mayores fuerzas, entraron en el reino de Granada, pelearon con las tropas imperiales de Andevoto, las destrozaron en las márgenes del Genil, y enardecidos por la victoria, se extendieron por todo el país como río que acaba de romper su dique. Arro-

llaron con sus briosos ímpetus ejércitos y pueblos; y encontrando apenas obstáculo á su favor, no dudaron en salvar las fronteras orientales de Andalucía, pasando como agua que se despeña de los montes sobre el reino de Murcia.

Sojuzgadas así por los suevos las tribus granadinas, vivirían poco más ó menos tan oprimidas y vejadas como bajo el Imperio de los otros bárbaros; pero no era sólo la servidumbre de los suevos lo que las afligía. Los vándalos pirateaban incesantemente sobre sus costas y las tenían en continua alarma; los godos y los romanos entraban en ellas con la misma saña que sus enemigos, y hoy las fatigaban con batallas inútiles, mañana con horrorosos saqueos. No parecía sino que se hubiese decretado su destrucción según los males que las aquejaban y las calamidades que las amenazaban. Á juzgar por la tiranía con que las trataban todos, ¿podían tener en unos más que en otros esperanzas de mejor suerte? Los romanos no podían inspirársela, cuando los pueblos que vivían aún bajo sus leyes, excitados por continuas vejaciones, se veían obligados á abandonar sus hogares, á unirse con los bagaudos (1), á ir á buscar su libertad y su venganza tras las sierras del Norte en medio de los barrancos y los precipicios. Los godos eran los únicos que podían salvarlas, atendida su cultura, y las salvaron al fin; mas no atrajeron sobre ellas menos desventuras.

Entraron los godos en estas tribus durante el reinado de

(1) Llamóse bagaudos á todos los que rebelándose, ya contra los bárbaros, ya contra el Imperio, se retiraban á montes escarpados y vivían allí independientes defendiéndose contra toda clase de opresores, é invadiendo muchas veces á mano armada los pueblos ocupados por sus enemigos. Fueron considerados por los romanos como bandidos; mas no los juzgaron tan severamente los españoles más eminentes de aquellos tiempos. Salviano, sacerdote de Tarragona y obispo después en las Galias, al hablar de los bagaudos de su época, dice: «Hablo aquí de los Bagaudos que han sido despojados, oprimidos, sentenciados por la crueldad de jueces inicuos. Han perdido á un tiempo su libertad, sus derechos y el nombre romano que tanto les honraba. ¡Y acriminamos nosotros su desventura! ¡les echamos en cara una rebeldía necesaria! ¡les damos un nombre que les afrenta! ¡les atribuimos un nombre de que somos nosotros mismos la causa! ¡les llamamos rebeldes, les llamamos perdidos despues de haberles obligado á ser criminales!» (SALVIANO, *De Gubernatio. Dei*, lib. 5.)

Teodorico II, sucesor del que fué á morir en los campos cataláunicos, en la batalla contra el terrible Atila. Vinieron de las Galias acaudillados por el mismo rey; y aprovechándose de las guerras civiles que debilitaban las fuerzas de los suevos, se apoderaron con rapidez de toda la Bética, llevando á fuego y sangre cuantas ciudades quisieron resistir á su incontrastable denuedo. Dirigieron más allá sus armas, é hicieron suyo todo el mediodía de la Península; pero al pronto no gozaron de estas conquistas como dueños absolutos, sino como auxiliares del Imperio, con el cual tenían hecha alianza. Sentíanse aún débiles para contrarrestar el choque de dos enemigos, y no se atrevieron á pelear contra ellos hasta que hecha la paz con los suevos, y viendo embargada la atención de los emperadores en la guerra contra los vándalos de África, cayeron de improviso sobre los lugares poseídos aún por las legiones, y se hicieron en breve dueños exclusivos de toda España, menos del reino de Galicia.

Libres entonces de tan sangrientas luchas, cesaron de ser estas tribus víctimas del furor de la soldadesca, descansaron de sus fatigas y pudieron á la sombra de las leyes dedicarse con ahínco á la reparación de sus quebrantos. Mas no duró mucho para ellos ese período de paz. La ambición y el carácter violento de los caudillos godos trajeron á toda la monarquía males que refluyeron principalmente sobre aquellas comarcas. El brillo de la corona halagaba y cautivaba á muchos; y rara vez moría el rey sino de muerte airada. Sobre el ensangrentado sepulcro de los monarcas nacían frecuentemente partidos en favor de las diversas personas que aspiraban al trono; y no era raro verlos luchar entre sí recurriendo á medios que podían causar la ruína de todo el reino. Después del trágico fin de Teudegiselo, muerto á puñaladas en un banquete, formáronse dos en favor de Agila y de Atanagildo; y viendo éste que no podía acabar con su rival, no dudó en vender al Imperio las costas de Andalucía y Murcia por un ejército que pudiese realizar sus pretensiones; no dudó en abrir paso para el mismo país que pretendía gober-

nar á un enemigo tan temible por las fuerzas de que podía disponer, como por sus antiguas relaciones con los pueblos que les entregaba. ¿Podía por mucho tiempo sostenerse la monarquía con ambición tan desmedida?

La imprudencia de Atanagildo tuvo efectos muy desastrosos, y los hubiera quizás tenido mayores á no haberle sucedido en el trono reyes tan grandes como Leovigildo y Recaredo. No satisfechos los imperiales con el dominio de las costas, penetraron en lo interior, y favorecidos en parte por las creencias religiosas del país, lograron apoderarse de ciudades importantes, llegando á concebir la esperanza de volver á conquistar el reino que dominaron durante siglos. Salieron en su primera excursión vencidos por las tropas de su protegido; pero nada fueron estas ligeras derrotas para los triunfos que les permitió alcanzar el interregno de cinco meses que hubo á la muerte de Atanagildo. Llegaron á imponer con tantas victorias á los godos, que, apenas subió Leovigildo al poder, consideraron urgente la guerra, bajaron á Baza, entraron en Granada y los obligaron á encerrarse dentro de los muros de la ciudad de Málaga. Señores como eran de África, recibían todos los días nuevas fuerzas; y era muy de temer que puesto ya el pié en lo interior de España, no viniesen á usurparla á los bárbaros como la arrancaron en otro tiempo de manos de los cartagineses. Estrelláronse, empero, ya contra el ardor guerrero de Leovigildo, ya contra la vigorosa prudencia de Recaredo, y caminaron de derrota en derrota primero á una paz vergonzosa, y luégo á su expulsión total del reino. Vencidos por Sisebuto, tuvieron que retirarse al Algarbe; divididos y humillados por Suintila, hasta el Algarbe tuvieron que abandonar, poniendo por segunda vez de manifiesto la impotencia del Imperio.

La guerra fué, sin embargo, larga, y es fácil concebir lo que padecerían en ella estas comarcas, habiendo sido casi siempre el principal campo de batalla. Los imperiales hallaban generalmente apoyo en los pueblos, y esto fué causa de atropellos y

venganzas inicuas por parte de los reyes godos. Las ciudades, tomadas por asalto, experimentaron todos los horrores del saqueo, y no pocas fueron víctimas de la cólera del vencedor. Tratóse á los indígenas con la misma dureza que en las primeras invasiones, y á veces si no con mayor barbarie, á lo menos con una crueldad hija de más profundos odios. La guerra no fué sólo una guerra nacional, fué una guerra religiosa; y es ya conocida la intolerancia con que suele procederse en estas luchas. —Al hacerme cargo del concilio Iliberitano, manifesté ya la posición ventajosa en que se encontraba el cristianismo á principios del siglo IV. Favorecida esta religión por los emperadores desde Constantino el Grande, fué cundiendo rápidamente por todas las naciones de Europa, y fué tal el ascendiente que tomó en el espacio de cien años, que al sobrevenir la caída del Imperio de Occidente, pudo cautivar hasta los mismos bárbaros que la ocasionaron. No los convirtió á todos; pero sí á la mayor parte: hizo enteramente suyos á los godos, y encontró prosélitos hasta en los alanos y los suevos, pueblos cuyo fiero temple no parecía fácil doblar á la suave doctrina de Jesucristo. Á la entrada de los bárbaros reinaba casi exclusivamente en todo el territorio de Granada, tenía que luchar aún con el paganismo; pero sin grandes esfuerzos. Tenía, no obstante, el cristianismo un mal que le devoraba y era causa de frecuentes guerras: las sectas, sobre todo la de Arrio, que inficionó todo el Norte y á los que de él vinieron. Los godos al entrar en España eran ya secuaces ardientes de la doctrina de Arrio, con ella vinieron, con ella se establecieron, y sobre ella sentaron su vasta monarquía. ¿Lograron, sin embargo, inocularla en el ánimo de los naturales? Los errores de esta secta eran ya conocidos de los españoles, cuyos primeros concilios los anatematizaron (1), y no

(1) En el concilio de Braga celebrado en el año 411 se profesó ya el símbolo de Nicea, fundándose en que había necesidad de ello para mayor firmeza de la fe, por ser los nuevos invasores parte idólatras y parte arrianos. «Quia verò, dijo Pancracio, presidente de aquella asamblea, nonnulli Alanorum, Suevorum, Wandalorumque sunt idolatræ, alii verò arrianam hæresim profitentur, visum mihi et

podieron arraigarse nunca en el corazón del pueblo. Nació de aquí una antipatía que permaneció por mucho tiempo oculta, pero se reveló, como no podía menos de revelarse, cuando hubo un motivo de desavenencia, cuando libre el espíritu pudo proclamar lo que pensaba, cuando hallando apoyo en los imperiales que eran católicos, creyeron los pueblos poder arrostrar frente á frente la cólera de los arrianos.

Esto fué lo que más encrudeció los principios de la última guerra que fatigó á estas tribus. Atanagildo y hasta el mismo Leovigildo trataron con tanto encono á los naturales como á los soldados del Imperio: tomaron de ellos venganzas terribles y esplayaron alguna vez sus iras, más por considerarlos adictos al catolicismo que por creerlos afectos al trono de los Césares de Oriente. El mártir Hermenegildo, hijo de Leovigildo, al hacerse católico tuvo que defenderse contra la cólera de su padre, y donde halló secuaces y defensores más ardientes fué entre los imperiales y los pueblos de Andalucía, dispuestos siempre á tomar las armas contra el arrianismo. Mediando tan vivas disidencias religiosas, ¿era posible que no fuese la lucha sangrienta hasta haber abjurado Leovigildo sus errores al borde del sepulcro y haber abrazado Recaredo la religión católica en el concilio tercero de Toledo?

vobis approbantibus ad maiorem Fidei firmitudinem contra similes errores sententiam proferre. ¿Quid vobis videtur?—Omnes responderunt: Justum, pium, sanctum, expediensque negotium.» Pancracio y los demás obispos pasan luego á hacer la profesión de fe, diciendo «que creen: primero, en Dios uno, verdadero, eterno, ingénito y no procedente de nadie, que crió el cielo, la tierra y todo lo que hay en estos visible é invisible: segundo, en un Verbo engendrado por el mismo Padre antes de los siglos, Dios de Dios y de la misma sustancia del Padre, sin el cual nada fué hecho y por el cual todo fué creado: tercero, en el Espíritu Santo procedente del Padre y del Verbo, etc., etc. Y luego dijo Pancracio: condeno, excomulgo, repruebo y anatematizo á todos los que lo contrario sientan, sostengan y prediquen: y contestaron todos los obispos: y les condenamos también nosotros.» Los arrianos disintían de los católicos sobre todo en el segundo artículo de esta profesión de fe. Según ellos, Jesucristo, es decir, el Verbo, no era de la misma sustancia del Padre; era una criatura que Dios acá en el tiempo había sacado de la nada como á todos los demás vivientes; y de consiguiente, se le tenía por inferior al Padre, que para ellos era en rigor el único Dios verdadero. Reinó esta doctrina en España hasta el tiempo de Recaredo.